

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 31 -



La llegada de un niño pone tu vida patas arriba, eso lo aprendí bien pronto viendo a Libertad. Y no sería porque no se preparase o no lo deseara, pero no eres consciente de la cantidad de responsabilidades que se te vienen encima hasta que no las tienes. Ella intentaba seguir con su vida, pero ser la mujer de siempre y compaginarlo con su nuevo papel de madre era como chuparse un codo, imposible. Nosotras, por nuestro lado, intentábamos hacer más planes de día e incluirla en todos, pero en esa situación, cualquier cosa que hagas tiene sus pros y sus contras. Avisarla suponía añadir un extra de presión a su día a día, porque ella quería venir con nosotras, pero sabía que eso le pasaría factura en las rutinas de su bebé. Ser la primera en comenzar una nueva etapa nunca es fácil.

Llevaba ya un par de semanas notando rara a mi amiga, harta, apagada, triste. Se me pasó por la cabeza el fantasma de la depresión postparto, pero no quise dramatizar y decidí ir a su casa a hablar con ella. Cuando me abrió la puerta, tuve que hacer un esfuerzo para reprimir mi mueca de horror. Llevaba un moño a lo Amy Winehouse, caído hacia un lado por el peso, una camiseta azul desbocada, llena de agujeros y con varias manchas no identificadas y unos leggins que habían visto tiempos mejores, agujeros incluidos. Su cara revelaba todas y cada una de las horas de sueño que le faltaban y en sus brazos había un bebé endemoniado que mostraba sus encías desnudas mientras berreaba a pleno pulmón.

—Hola—dijo apartándose para dejarme pasar acomodándose al pequeño sobre la cadera.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Cólicos, sueño, ganas de dar por culo... no lo sé. Lleva así 20 minutos y ha comido, ha cagado, le he cambiado el pañal... Puede ser sueño, pero estoy intentando dormirle y no le sale de las pelotillas—dijo con un tono monótono.

—¿Quieres que le lleve yo? No creo que vaya a solucionar nada, pero al menos dejará de gritarte en el oído.

Me lo ofreció y lo cogí como pude. El niño gritó más en protesta por haberle alejado de su madre, pero le ignoramos.

—Venga, vete a darte una ducha tranquilamente.

—¿No te importa? —preguntó con los ojos brillantes.

—Que va, tonta. Vete, que voy a ver si doblego a tu vástago.

Me dio un beso en la mejilla y se fue hacia el baño. Mientras tanto, yo tumbé al niño boca abajo sobre mi brazo por si lo que tenía eran cólicos y comencé a mecerle y a canturrear una nana que por lo menos tenía 150 años. Tenía que renovar mis grandes éxitos infantiles. Poco a poco, el nivel de decibelios del llanto comenzó a bajar pero no me confié y seguí moviéndome como si tuviera un muelle en los pies y cantando por lo bajo el ‘Duérmete niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá...’ que siempre me ha parecido una canción muy desagradable, pero que, si se ha mantenido por los siglos de los siglos, será porque funciona. Al cabo de 10 minutos, noté cómo el cuerpecillo del pequeño Daniel se relajaba y el llanto cesaba y, sin dejar de cantar por lo bajo, le llevé a la habitación de mi amiga y le dejé despacio sobre la cuna. Cuando Libertad salió de la ducha, estaba en la cocina fregando los platos del día anterior.

—¿Has conseguido dormirle? —preguntó con los ojos como platos.

—La suerte del principiante—dije con media sonrisa mientras me secaba las manos con un trapo.

La miré y sonreí. Se había puesto unos vaqueros limpios y una camiseta de tirantes blanca, sencilla pero preciosa. Los pechos hinchados por la lactancia asomaban por el escote de la camiseta y los kilos de más del embarazo casi habían desaparecido del todo.

—Estás espectacular—dije sonriendo.

—Que va, tengo unas lorzas horribles que me cuelgan por encima de la cinturilla del pantalón.

—No exageres Lib, además seguro que con la lactancia lo pierdes todo, esos pequeños mamones se llevan toda la grasa de tu cuerpo.

—¿Y tú cómo hostias sabes tanto de críos, si se puede saber? —preguntó con un poco de resquemor.

—Tengo cuatro sobrinos—expliqué encogiéndome de hombros para quitarle importancia.

Terminé de fregar los platos y nos sentamos en el sofá con sendas cervezas en la mano, ella 'sin' y yo 'con'.

—Bueno, ¿cómo lo llevas? —pregunté palmeando su muslo.

Me miró con los ojos cargados de lágrimas y se mordió el labio durante unos segundos antes de contestar.

—Bien, supongo—dijo, bajando la mirada a sus manos que descansaban sobre sus piernas.

—Eh—levanté su cara con un dedo y la obligué a mirarle—. Sea lo que sea lo que estás pensando, me lo puedes contar.

Una lágrima se escapó de sus ojos.

—¡Putas hormonas! —gritó—. No sé qué me pasa, Ana. Yo pensaba que cuando diera a luz y viera a mi hijo todo iban a ser corazones y arcoíris y de repente me encuentro encerrada en casa con un saco de mocos que no para de gritar y yo no sé cómo calmarle. No lo hago bien, él lo pasa mal y yo lo paso peor.

—Echa el freno, Lib—dije—. No digas que no lo haces bien, claro que lo haces bien. ¿No le das de comer cuando tiene hambre? ¿Le cambias el pañal? ¿Juegas con él? Y lo más importante, ¿no le das cariño?

—Pues claro que sí, Ana. Si se me cae la baba con él pero...—calló de repente.

—¿Pero? —dije animándole a continuar.

—Que no sé si la he cagado, Ana. Que yo quiero a mi niño por encima de todas las cosas, pero echo de menos ser yo mi propia prioridad. Que ahora hay días

que ni me ducho porque no me da tiempo. Que llevo días sin depilarme. El maquillaje se me va a quedar seco de no usarlo.

—Pero Libertad, ¿qué estás diciendo?

—¡Que quiero pensar en mí y no tengo tiempo!

La miré con una sonrisa y la abracé. Al principio, su cuerpo se resistía, pero poco a poco se fue relajando, apoyó la cabeza en mi hombro y mojó mi jersey con su llanto silencioso.

—Libertad, ¿te arrepientes? —dije cuando nos separamos y se secó las lágrimas.

—Es una pregunta difícil—dijo—. Ahora no podría ni imaginar un mundo en el que mi hijo no existiera. Pero si pudiera volver atrás y no le hubiera conocido nunca... Soy una madre horrible.

—No pienses eso, Lib. Seguro que esta sensación la tienen muchas madres, lo que pasa es que no se dice. Tu vida, de repente, ya no es tu vida, es otra y tienes que encontrar tu hueco de nuevo.

—Pero es que a mí me gustaba mi vida tal y como estaba—protestó.

—Y te gustará esta nueva vida, sólo tienes que darte tiempo. ¿Qué necesitas que hagamos nosotras? ¿Cómo podemos ayudarte?

—No saliendo de casa hasta que mi hijo cumpla los 12. O mejor, tened hijos también vosotras, así sí que me ayudaríais. Estaríamos todas igual de jodidas y haríamos los mismos planes de mierdimadre.

Me reí a carcajadas.

—Pues mucho me temo que por mi parte vas a tener que esperar un tiempito, maja.

—Bueno, no sé si tanto, que un pajarito me ha contado que alguien te fue a buscar al trabajo el otro día—dijo entrecerrando los ojos.

—Pero bueno, ¿qué pasa? ¿Habláis de mí a mis espaldas? —dije intentando parecer indignada.

—¡Para un entretenimiento que tengo! No seas mala y déjame cotillear, mujer. Venga cuenta, ¿qué tal con tu Poseidón?

—Zeus.

—Eso.

—Pues nada, vino a buscarme para ver cómo estaba después de la marcha de Maca.

—¿Fue a buscarte sólo porque sabía que ibas a estar triste? Tía, eso no lo hace ni mi David.

—Llevas eones con tu David, supongo que ese tipo de detalles pasan a un segundo plano.

—No te creas, mi chico aún los sigue cuidando. Pero venga, cuenta lo jugoso, coño. ¿Qué pasó?

—¿Pero por qué tiene que haber pasado nada? Ni que fuera la primera vez que quedaba con él.

—No, pero mi instinto de periodista me dice que esta vez ha sido diferente.

—¿Puedo coger otra cerveza? —dijo para intentar aplazar la respuesta.

—Venga, pesada, cógela y me cuentas.

Cogí mi cerveza de la nevera y le di un trago apoyada en la bancada de la cocina. Libertad no sólo quería que le diera los detalles morbosos, probablemente indagaría para saber mis sentimientos, y eso era lo que me daba reparo contarle. No es que no tuviese confianza en ella, todo lo contrario, es que cada vez que me repetía las razones por las que no quería volver con él, más endebles me parecían. Y temía que formularlas en voz alta me hiciesen convencerme de lo contrario.

—¿Estás fermentando la cebada, reina? —dijo Libertad desde el salón.

—Voy, cansina.

—Pero tía, ¿qué pasa? —preguntó cuando volvía a sentarme a su lado en el sofá—. ¿Te lo has follado y no quieres saber nada de él? Bien. ¿Estáis juntos de

nuevo? Bien también. Hayas hecho lo que hayas hecho no te voy a juzgar, coño, ni que no me conocieras.

—Si no es eso, Lib. Si no es por lo que haya hecho o por lo que tú vayas a pensar. Es porque estoy hecha un lío y si empiezo a diseccionar contigo lo que pasó y lo que siento al respecto, a lo mejor salgo corriendo hacia su casa.

—A ver, vamos por partes. ¿Os liasteis?

—Un poquito—confesé con la boca pequeña.

—¿Qué es un poquito, sólo la puntita?

—Que no coño, que no hubo puntita, un par de besos *apretaos* en un bar y cada uno para su casa.

—No sabía que habías vuelto a la adolescencia. ¿Ya pudiste dormir con el calentón?

—Que tonta eres, Libertad.

—Es que como no entiendo lo que pasa por tu cabecita, intento frivolar para quitarle importancia y que se te suelte la lengua. Vamos a ver, te gusta, eso es evidente. Dejaste a Jairo por él...

—No dejé a Jairo por Lucas—le interrumpí.

—Que sí, que sí, pero lo dejaste porque te diste cuenta de que no tenías ningún futuro con él porque no era de quién estabas enamorada, ¿me equivoco?

—No—le concedí—. Pero no lo dejé con Jairo para empezar una relación con Lucas.

—Vale, pero el caso es que te gusta Lucas, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces por qué le das tantas vueltas? Está claro que a él también le gustas y parece que las dudas que tenía acerca de lo vuestro ya se han disipado, ¿no?

—Entonces qué, ¿tengo que estar disponible para cuando al señorito le apetezca?

—No, Ana, pero él ya ha pagado por ser tan niño y te ha pedido perdón mil veces. Y no sólo con palabras, sino también con hechos. Al mandar a Javi a freír monas te demostró que lo que decía y sentía iba en serio, ¿no?

—Puede—dije, no muy convencida.

—Puede... quizá... a lo mejor... ¡Frígida!

—¡Libertad! —dije sorprendida.

—Reacciona, Ana. Está bien que no quieras hacer las cosas a lo loco, está bien que tengas claro lo que quieres y no te conformes con menos, pero me da la sensación de que ahora estás actuando más por cabezonería o por miedo que por convicción.

—¿Y si se vuelve a cagar encima? —pregunté con ojos de cordero degollado.

—Pues será un capullo cobarde. No te puedo asegurar que seréis felices y comeréis perdices, porque las relaciones son así, a veces salen bien, otras mal e incluso cuando salen bien, muchas veces son una mierda. Pero si tú misma te niegas lo que quieres por miedo, no vas a ser feliz nunca. Y no soy una seguidora de 'Mr. Wonderful', es que el miedo no es una razón para hacer o dejar de hacer nada.

—Entonces, ¿qué me aconsejas?

—Que hagas lo que quieras, pero lo que quieras tú, no las gónadas que tienes en la garganta.

—Yo no tengo gónadas.

—Tú me entiendes.

El tintineo de unas llaves interrumpió nuestra conversación y David abrió la puerta de casa.

—Hola, cariño—dijo Libertad levantándose para darle un beso.

—Hola, chicas—dijo él saludándome a mí también—. ¿Qué tal el pequeño *gremlin*?

—A mí me ha hecho la vida imposible y cuando ha llegado esta zorra se le ha quedado dormido en 5 minutos—dijo Libertad, todavía con resquemor.

David entró a verle a la habitación y volvimos a quedarnos solas en el salón.

—Gracias Lib—dije cogiéndole la mano—. Pero me siento fatal, yo venía aquí para hablar de ti, no para darte la matraca con mis movidas.

—No seas idiota, me has ayudado. Has dormido al crío, me has fregado los cacharros, me he podido desahogar y luego me has contado cotilleos como cuando era una persona normal.

—¿Y qué tal si me dejas a Dani una noche y tú te vas con tu chico a cenar tranquilamente?

—Todo llegará, de momento para hacer eso me tendría que ordeñar para dejarte el congelador lleno de leche materna y no me apetece. Además, este fin de semana estás ocupada.

—¿Yo? —me extrañé.

—Y si no lo estás deberías coger ese móvil tuyo y mandarle un mensaje a alguien para hacer planes.

Sopesé la idea y, sin pensarlo demasiado, saqué el móvil del bolso y escribí un mensaje a Lucas.

«¿Hacemos algo este finde?»

Leyó el mensaje casi al momento y me contestó enseguida.

«¡Justo estaba sacando el móvil para escribirte! Este fin de semana tenemos excursión. Voy a buscarte el sábado por la mañana a tu casa. Prepara una maletita con ropa cómoda para pasar una noche fuera. Pero ropa cómoda, que nos conocemos»

—¿Te vas a lanzar a la piscina? —preguntó Libertad después de leer el mensaje.

—Sí, pero me llevo los manguitos en la maleta por si no hago pie—contesté guiñándole un ojo.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>